

La vida en nuestras manos: el pacifismo, excelencia participativa

Carmen Magallón^[1]

Hacednos valientes, hijos de Hiroshima,

desde el terror de vuestro infierno.

Por una humana convivencia,

por el ingenuo sueño de la paz.

(Fragmento de un poema de Lluís Llach, incluido en Euroshima, número 0, Zaragoza, diciembre de 1983)

El que los estados dediquen parte de su presupuesto a inversiones en armamento y preparación de un cuerpo especializado capaz de usarlo, nos muestra que la guerra no se ha descartado del horizonte político. Lo que sí parece que ha cambiado en nuestros días, a comienzos del siglo XXI, es la percepción de la misma. Puede decirse que para la mayoría de hombres y mujeres de las sociedades del bienestar occidentales, la guerra ha dejado de ser una empresa que tifie de gloria a sus participantes. Lo que no significa que la violencia y las guerras se hayan erradicado. Sigue existiendo la violencia directa y sigue existiendo la violencia estructural, esa que mata masivamente a consecuencia de la injusta distribución de la riqueza en el mundo. Pero, al igual que ha sucedido con otros movimientos, y es el caso del feminismo, el pacifismo ha diversificado su rostro y sus vías de expresión, al tiempo que se ha convertido en un valor difuso en nuestra sociedad.

De entre los pacifismos que impregnan el pensar y el actuar político actual, las reflexiones que siguen arraigan en una determinada experiencia. Una experiencia que es grupal, ligada como está a las vivencias y el pensamiento del núcleo de personas, de las mujeres en mayor medida, que desde hace quince años venimos haciendo la revista En Pie de Paz. Y es también personal, en cuanto a que también está ligada a las reflexiones y estilo de trabajo compartidos en el Seminario de Investigación para la Paz de Zaragoza y, en otro orden de relación, en la Internacional de Resistentes a la Guerra. Una experiencia que se nutre del pacifismo de corte «noviolento». Este, siempre hay que recordarlo, no se limita a negar la violencia, ni trata de tapar los conflictos, sino que es toda una filosofía y una teoría política, planteada, desarrollada y puesta en práctica, en casos concretos históricos: por Gandhi, en la India, en su movimiento por la independencia o por Martín Luther King en la lucha por los derechos civiles de la población negra en EEUU.

Vivir entre conflictos

La razón de ser del movimiento pacifista, el núcleo de su propuesta, atañe al modo de abordar los conflictos. En toda relación, en todos los órdenes de la vida, los conflictos

son inevitables. El problema es cómo se convive con ellos. El pacifismo trata de erradicar la violencia como método de solucionar un conflicto, y evidentemente la guerra como su máxima expresión; y trata de construir otras posibilidades de intervención en su dinámica. Intenta buscar perspectivas que permitan encontrar salidas en las que todo el mundo gane, romper los enfoques que tensionan la lucha de intereses presentándolos como juegos de suma cero, de vencedores y vencidos; propone el avance por medio del diálogo, bajo renuncia expresa a destruir al oponente.

Se necesita una raíz fuerte, un paradigma que sustente este enfoque no violento, que está tan lejos y tan cerca del hacer de la humanidad. Lejos, porque lo que transmite mayormente la tradición histórica es la persistencia del enfrentamiento violento; cerca, porque la propia supervivencia de la humanidad indica la existencia, e incluso el predominio, de la cooperación entre grupos y personas a través del tiempo. Un pacifismo de este tipo se acoge bajo un paradigma, que considera la vida de los seres humanos concretos, hombres y mujeres, como un valor de carácter único no intercambiable.

En los últimos años, esta concepción ha crecido con las aportaciones de los grupos de mujeres por la paz, surgidos en muchos lugares del mundo. Las mujeres extienden redes que pugnan por defender la convivencia, en la diferencia y el conflicto. La de Mujeres de Negro, nacida en la confluencia de mujeres de Israel-Palestina se extendió en los años 90 a los Balcanes, con grupos de apoyo en Italia, España y otros países; y en el pasado 2000 fue tomada como referencia por la organización de la Ruta Pacífica de las Mujeres Colombianas, que junto a las mujeres de la Organización Femenina Popular, mujeres del Magdalena Medio, decidieron constituirse como Mujeres cíc Negro de Colombia. De modo análogo, otros grupos llevan a cabo un trabajo de base, día a día, que alimenta esta forma de vivir entre conflictos. Sería muy prolijo hacer un listado, pero mencionaré algunos ejemplos menos conocidos. Así, la red de Mujeres de Angola (Women's Network-Angola), creada para cambiar las actitudes y la conducta de hombres y mujeres hacia la reconstrucción y el desarrollo del país; las Mujeres por la Paz de Nepal, una organización creada en 1997; el grupo de las Mujeres por los Derechos Humanos de las Mujeres (Women for Women's Human Rights) que trabaja con grupos de mujeres del este y sudeste de Turquía; el Centro de Investigación de las Mujeres (Women's Research Centre) que lleva a cabo actividades en las que participan mujeres turco-chipriotas y greco-chipriotas, tratando de mostrar que estas dos comunidades pueden vivir juntas. También en Burundi, las mujeres hutus y tutsis crearon organizaciones conjuntas y participaron en las negociaciones de paz de Arusha, Tanzania.^[2] Para estas mujeres, la defensa de la vida es una base fundamental para el desenvolvimiento de la convivencia; se oponen a su manipulación para objetivos de segunda categoría y constituyen el exponente más lúcido de una racionalidad orientada por los sentimientos.

Y es que el descrédito de los sentimientos en la política no se compadece con lo que la mayoría de las personas sentimos en nuestro fuero interno, más personal y auténtico. Los sentimientos se consideran una fuente de distorsión de la razón, impiden pensar fríamente, se dice. Supongamos que razón fría equivalga a una razón ecuánime. Pero la ecuanimidad no tiene una interpretación única cuando hay intereses o puntos de vista en conflicto, es decir en la mayoría de los casos. Entonces prima el poder, en sus diversas versiones. La razón está dominada por el poder que penetra en la conformación de la evidencia por diversas vías. Y el poder, encarnado en el peor de los casos en el poder de

destruir, de matar, para conseguir unos fines políticos, constituye un cimiento perverso para la convivencia.

Coherencia entre fines y medios

Que el fin justifica los medios es la racionalidad que sostiene a aquellos que matan para conseguir sus propósitos: sea la defensa de un orden, sea su revocación. La racionalidad política que permite tomar la vida humana como moneda de cambio, muestra estar anclada en una profunda irracionalidad. Porque ningún fin, por excelso que sea, quedará incólume ante los procesos y los caminos utilizados para alcanzarlo. Para el pacifismo es irracional matar a alguien para defender una idea o un interés, y es también irracional que la sociedad siga manteniendo presupuestos e instituciones orientadas a la muerte; el reto sigue siendo construir estrategias de defensa más allá de las armas.

En el pacifismo antinuclear de los años ochenta, aprendimos que era fundamental mantener la coherencia entre fines y medios. Que las formas de actuar, de participar y de relacionarse, no son indiferentes, sino que pueden respetar o distorsionar los fines que se persiguen; y que también tienen repercusiones en las personas individuales, tanto de dentro como de fuera del movimiento. Que el compromiso y la actividad de un grupo pacifista, no sólo viene marcado por unos objetivos, sino por una filosofía de fondo que se nutre de una convicción ética: la deseabilidad de avanzar hacia la erradicación del uso de la violencia para obtener otro tipo de bienes, sea la defensa de un territorio, de una ideología o de unos derechos. Y que lo verdaderamente importante es extender esta convicción hasta generalizarla, no venciendo sino convenciendo, porque la erradicación de la violencia sólo se dará con esta universalización interiorizada en las personas y en las instituciones sociales. Para lograrlo, el pacifismo sólo dispone de una fuerza, su propia convicción mostrada en la coherencia de su pensamiento y su acción. En las acciones pacifistas, no sólo el factor numérico es importante, aunque sin duda éste es una medida de la extensión del apoyo a una determinada postura, de nuevo es la convicción y es la coherencia, lo que puede hacer que el conflicto evolucione, empujando a sus actores hacia nuevas salidas. Así pues, testimonio y coherencia, son dos señas de identidad del movimiento pacifista. También la creatividad.

Esta coherencia está siendo puesta en práctica, en los últimos años, por el movimiento de jóvenes objetores e insumisos, extendido ampliamente en los países occidentales.^[3] También, por los objetores turcos o los desertores a la guerra, en los Balcanes o en Chechenia; por los movimientos de jóvenes acompañantes de comunidades sometidas a la violencia, en Chiapas, Guatemala, Colombia y otros países, organizados a través de Brigadas Internacionales de Paz y distintas ONG; o por quienes siguen pensando y alentando iniciativas para el logro de una convivencia en paz en Irlanda del Norte, en el País Vasco, en Chipre, en Turquía o en Sudáfrica.

La disolución del miedo

A menudo, un conflicto entre grupos se nutre y se agudiza a través del mecanismo del miedo. El miedo en general nos paraliza, el miedo al otro en particular puede conducirnos a la agresión. Por eso el pacifismo se propone mirar al miedo cara a cara, entender los mecanismos por los que se instaura, y trabajar para disolverlos.

A la disolución del miedo contribuye el fomento de la confianza. La posibilidad de que dos grupos enfrentados convivan ha de basarse en la ruptura del miedo y el establecimiento de la confianza. Y ahí es donde tienen importancia los gestos, las palabras, los signos. El pacifismo propone iniciativas en las que haya acercamiento físico, sea en encuentros formales o informales, esporádicos o permanentes, sea un campamento de jóvenes de las comunidades enfrentadas, sea una fiesta. Nunca el aislamiento puede ser una estrategia de resolución de un conflicto. Por el contrario, cuanto más grande es el conflicto son necesarias más palabras, más encuentros, más diálogo, más escucha, más imaginación para el acercamiento y el desarme.

En este sentido, el pacifismo difuso impregna el hacer de grupos y organizaciones no gubernamentales que desarrollan iniciativas de reconstrucción de la convivencia rota por un conflicto bélico. De nuevo las acciones de Mujeres de Negro son paradigmáticas en este sentido, al posicionarse en la ruptura del propio grupo, la crítica a sus líderes, y la ruptura de las barreras, hablando y planeando acciones conjuntas, de acercamiento entre las comunidades enfrentadas. Otros proyectos como el Programa de las Mujeres Constructoras de la Paz, están recogiendo ese bagaje cotidiano, tan importante como invisible, de los esfuerzos de las mujeres en la tarea de la reconciliación y de la construcción de la paz.^[4]

La crítica al saber experto

Es un hecho que la bomba nuclear ha marcado el siglo XX, nuestra relación con la política, y nuestra relación con la ciencia. Constituye un punto de inflexión que marca el inicio de una desconfianza que fue creciendo en la segunda mitad del pasado siglo. ¿Acaso podíamos seguir confiando en los expertos? Como dice Vandana Shiva, la diferenciación entre el «saber» del experto y la «ignorancia» de todos los demás es reduccionista y constituye una fuente de violencia. Para el reduccionismo el conocimiento es algo uniforme, divisible y abstracto. Bajo esta noción, «la uniformidad permite que el conocimiento de partes de un sistema se presente como conocimiento de la totalidad. La divisibilidad permite la abstracción de conocimientos independientemente de su contexto y crea criterios de validez basados en la alienación y la no participación, que luego se presentan como 'objetividad'».^[5]

Tras la locura nuclear, expresada de modo superlativo en el lanzamiento de las bombas atómicas sobre Hiroshima y Nagasaki, y reeditada en la crisis de los misiles de los años ochenta, supimos que determinadas decisiones no pueden ser simplemente dejadas en el marco de la gestión política, asesorada por una comunidad de expertos depositarios de un saber supuestamente neutro; que no podíamos abdicar de ninguna responsabilidad en función de una representación otorgada mediante el voto, que hay cuestiones demasiado importantes para dejarlas en manos de los expertos.

El pacifismo asumió este legado crítico y en consecuencia aboga por una participación sustantiva, que no hurte ningún terreno, tampoco el de la ciencia, a la posibilidad de decidir. Y esta convicción es un modelo para la participación política general. Pues si la voluntad de decidir nace del deseo de tomar parte en la toma de decisiones acerca de las cuestiones que atañen de un modo crucial a nuestras vidas, necesariamente pasa también

por la crítica a limitar la participación democrática a la emisión de un voto cada cuatro años,

El valor de los cuerpos

Los artefactos bélicos se diseñan para matar, también para aumentar la distancia entre los cuerpos. Que no se vean las consecuencias de un disparo, que todo suceda como si sólo hubiera máquinas y a ellas atañera la toma de decisiones. Como ha escrito Elena Grau, «en las guerras actuales se pone de manifiesto de manera más explícita que nunca que el cuerpo, en el discurso militarista patriarcal, es irrelevante (...) que la abstracción desencarnada de la sofisticación tecnológica, al convertir en objetivo central de la guerra el cercenamiento de las condiciones de humanidad necesarias para la vida de las poblaciones, se expresa una forma de estar en el mundo que en el pensamiento prescinde de los cuerpos».^[6] Este intento de abstraer el cuerpo, que arraiga en la filosofía occidental y se plasma en las estrategias y el desarrollo técnico de carácter belicista, trata de acallar el potente discurso de los cuerpos, de neutralizar su poder que es así indirectamente reconocido.

El cuerpo apenas se ha pensado. Se ha intentado descargarlo de poder, quitándole peso, minando la idea de que se nos imponga como corsé conformador de un rol opresivo. Este hacer no lo ha liberado, sino, en palabras de algunas, lo ha hecho superfluo. Al no darle importancia explícita, ha quedado a merced de la manipulación. El cuerpo, ese hecho desnudo y crudo en la cultura, que dice Adriana Cavarero. Y mientras tanto, sigue siendo el vehículo del gozo, del sufrimiento, del mantenernos vivos, sigue siendo depositario de una gran carga de atribuciones simbólicas. El ser humano se hace visible en un cuerpo. Toda identidad individual está colapsada en un cuerpo anónimo que camina por la calle. Cualquier persona desconocida ofrece una serie de signos a nuestra percepción: un cuerpo de hombre o de mujer, un vestido que lo cubre, unos ademanes y una forma de moverse, una determinada forma de mirar al pasar. Este cuerpo, y sus signos, se halla aplastado, y también enriquecido, por símbolos y categorías culturales que lo aprisionan según una puesta en escena muda.

Es evidente que la violencia se ensaña con los cuerpos. Su método es el destrozo de los cuerpos, pues aunque también puede ejercerse infringiendo sufrimientos psicológicos, el polo máximo de su expresión es la aniquilación de la vida humana. Los cuerpos han de tomar parte en su defensa, mostrándose. Los cuerpos tienen historia: personal y social, la noción de trayectoria les atañe. El cuerpo sucede, tiene presencia, ocupa un volumen. Los cuerpos han de ser cuidados, enferman, nacen, crecen, mueren. No pueden ser segregados y valorados independientemente de la mente; los sentimientos son reflejados, desnudados por el cuerpo, también la inteligencia o la sensibilidad. Hay una interacción mutua, indiscernible, entre cuerpo y ser humano.

Volvamos de nuevo a la tecnología. La de carácter nuclear situó y, desde otra perspectiva, tal vez más caótica (¿en manos de quién está el arsenal nuclear?) sigue situando la tensión en un punto de desmesura. ¿Cómo afrontar el abismo entre la estrategia del terror, basada en la destrucción mutua asegurada y el deseo de convivir? Descubrimos que el poder y el conjunto de la realidad tienen múltiples dimensiones, entre las que es posible hacer circular fuerza y energía. Y que la dimensión de donde emana nuestra fuerza es una dimensión simbólica.

El pacifismo nutre su pensamiento y su acción participativa de esa dimensión simbólica que es expresada por el cuerpo y el ser concreto, hace del cuerpo el soporte máximo de la dignidad humana, testimonio necesario y suficiente para la acción. Si el ser humano es el bien supremo, su expresión, su cuerpo, condensa la fuerza de ser. En coherencia con estos planteamientos, ante las armas, máquinas de matar por excelencia, el pacifismo se manifiesta oponiendo la fuerza de ser sencillamente un hombre o una mujer concretos, dignos de preservación y de vida. Las marchas, las sentadas, los campamentos de paz, las huelgas de hambre; en todas estas acciones la presencia, el estar, se convierte en testimonio que trata de golpear las conciencias de quienes se sitúan enfrente o al margen del problema. Para la plasmación de este orden de valores, nada mejor que la imagen imponente de aquel hombre con su bolsa de trabajo, sólo, de pie, interceptando una fila de tanques en la avenida de la plaza china de Tiananmen, en 1994.

Horizontalidad y crecimiento personal

Recuerdo un artículo escrito por Isabel Ribera en *En Pie de Paz*, hace ya algunos años, cuyo título era: «nuestro horizonte, la horizontalidad». En él se expresaba ese deseo del pacifismo de convertir la participación en una forma de crecimiento conjunto e individual. En aras de la coherencia en las formas de trabajo interno o en la acción externa, los grupos pacifistas tratan de involucrar a las personas en su totalidad, sin convertirlos en medios. Se asume que las personas han de crecer en la participación, han de crecer en la acción política, y los objetivos de ésta no se contemplan sólo como el logro de un fin externo al grupo. El propio grupo, las personas que lo componen, importa.

En las reuniones o grandes encuentros, por ejemplo las Trienales que celebra la Internacional de Resistentes a la Guerra, se adopta el trabajo en pequeños grupos para que todo el mundo se sienta partícipe y tome parte desde su totalidad. Los pequeños grupos colaboran a limar el miedo a una audiencia amplia. A muchas personas les resulta difícil, les da miedo hablar en público, y más si se trata de grupos grandes. Este miedo suele ser más frecuente en las mujeres, acostumbradas a la devaluación de una forma de comunicación, que algunas prefieren, en la que se mezclan los razonamientos con la experiencia vivida. En el movimiento pacifista, es precisamente esa mezcla lo que se alienta. Porque hablar desde la vida, permite no caer en abstracciones que nos seccionan y nos fragmentan.

También los grupos de educación para la paz, los de entrenamiento para la no violencia y muchas otras organizaciones trabajan en pequeños grupos. En la acción no violenta la creación del grupo que va a llevaría a cabo, el establecimiento o afianzamiento de lazos entre los integrantes, y el establecimiento de un clima de confianza, es un requisito indispensable. Pues si hay que oponer cohesión y resistencia pasiva, en una sentada que impide el acceso a una feria de armamentos, por ejemplo, el grupo necesita tener la fuerza interior precisa para mantenerse sin responder a la fuerza o a la violencia ejercida por la policía o por grupos contrarios a la acción. Y para eso la confianza y la perseverancia han de circular entre el grupo. Cualquier actuación inadecuada, sea un insulto, sea una iniciativa no consensuada, puede disminuir o resquebrajar totalmente el valor y la fuerza de la acción. De ahí que se hable y se lleven a cabo entrenamientos para la no violencia, pues en sociedades violentas, la espontaneidad, sobre todo la colectiva, suele inclinarse hacia el lado de la violencia.

Las estrategias que se utilizan no son abstractas, se sirven de razones e imágenes que visualicen el componente convivencial: la presencia corporal y los lazos de relación son importantes.

El hacer de las mujeres en el pacifismo

El pacifismo ha permitido explorar, en la acción y la participación política, dimensiones del hombre y la mujer que habían sido achatados por la política más clásica. Tal vez sea el movimiento en el que la igualdad y la diferencia coexistan de un modo más respetuoso, donde se realice un mayor esfuerzo por rescatar lo tradicionalmente considerado femenino como un universal humano.

Hubo unos años en los que el feminismo se consideraba una actividad exclusivamente ligada a las reivindicaciones más directamente ligadas a la vida de las mujeres como tal: la lucha por el aborto, el divorcio, el acabar con la discriminación en las leyes. Con el tiempo y la consecución de la igualdad formal en las leyes, nos fuimos dando cuenta de que no sólo éstas limitan la actuación de las mujeres. Que no sólo el plano legal sino los múltiples planos que conforman, influyen y posibilitan la vida habían de ser conquistados para que en ellos existiésemos las mujeres: instituciones políticas, cultura, economía, ciencia. Y el feminismo se fue expandiendo.

No es que decidiéramos entrar al movimiento por la paz para hacer feminismo, pero lo cierto es que nosotras éramos feministas y, por diversas razones de historia o recorrido personal, veíamos tremendamente importantes los objetivos del movimiento por la paz, para nuestras vidas, para las vidas de las mujeres —y de todos—. Las tradicionales luchas feministas nos parecían necesarias pero no las únicas en las que el feminismo podía expresarse. Lo que al principio fue una intuición llegaría a ser un planteamiento consciente: queríamos ser feministas, ejercer nuestro feminismo, en el movimiento por la paz.

Para nosotras sería crucial la asistencia a las Convenciones por una Europa sin armas nucleares, convenciones del END (European Nuclear Disarmament), en Berlín y en Perugia. En la primera, celebrada a principios de 1983, vivimos el protagonismo de las mujeres ejercido con especificidad y diversidad. Desde la fuerza de la individualidad de una Petra Kelly que hablaba de la defensa de la vida sin complejos, hasta las acciones de los grupos de mujeres que aportaban una profundidad y una dimensión simbólica, desconocidos hasta entonces. Posteriormente vendría Perugia, en 1984, y el llamamiento para que las mujeres europeas salieran de sus casas: diez días por la paz. En Zaragoza, aquel año las Mujeres del Colectivo por la Paz y el Desarme, un Colectivo que tuvo su razón de ser en el desmantelamiento de la Base Americana, organizamos un Campamento de Mujeres por la Paz, en un parque de la ciudad, en el que tomaron parte mujeres venidas de todo el país.

Feminismo y pacifismo han tenido una relación histórica difícil, controvertida y polémica. Y me estoy refiriendo al feminismo de la segunda ola, de los años setenta en adelante y al pacifismo que surge en estos mismos años. Algunas mantuvimos desde el principio que había que proyectar una sombra de duda sobre todas y cada una de las instituciones en las que ahora se nos cedía un espacio antes incluso de empezar a reclamarlo. Por ejemplo, el ejército.

Una sorpresa y un motivo de sufrimiento sería el desdén hacia las pacifistas, puesto de manifiesto por algunas feministas que se sentían depositarias de las esencias del movimiento. Este desencuentro tenía sus raíces. Quienes miraban con recelo al pacifismo veían necesario romper con la imagen tradicional de las mujeres —«la mujer»— ligadas a la paz, por naturaleza; romper con la imagen de la cercanía de las mujeres a la vida, en razón de su biología, de su potencialidad para dar la vida. Esto las llevaba a reivindicar la fuerza y la capacidad de agredir, también para las mujeres, como modo de afirmarse como seres libres; a reivindicar la igualdad con los varones, también en lo que atañe a ir a la mili, para luego, si acaso, objetar, como cualquier varón antimilitarista. Y las llevaba a sospechar de toda iniciativa de las mujeres que no fuera clara con respecto a las premisas anteriores. Lo que conducía a la contradicción de que fueran precisamente las feministas las más dudosas y renuentes ante la «posibilidad de una acción específica de mujeres» en el movimiento por la paz.

El dilema de las feministas-pacifistas o pacifistas-feministas, ha sido también el de otras mujeres que han trabajado en otros campos. Cómo hacer política desde una posición libre cuando se ha sido «heterodesignada», cuando el lugar social adecuado nos ha sido dado o mejor asignado desde fuera de nosotras. Ahora bien, me pregunto si esto no les sucede también a los varones. Sólo que en su caso el poder hegemónico les permite regular su lugar y administrarlo «a su favor». En el caso de las mujeres, creo que tanto se aparta de la libre opción la asunción acrítica de los papeles atribuidos como su negación por oposición. Entre esta tensión y la complejidad que la envuelve, tratamos de construirnos.

Por fortuna, en los últimos tiempos ha habido una maduración, por ambas partes y se han dejado atrás muchas rigideces; el feminismo se ha diversificado y ya hace años que, sin negar que siguen existiendo conflictos, el reconocimiento mutuo fluye de un modo más creativo y amplio, extremo que fue puesto de manifiesto en la riqueza desplegada en las Jornadas feministas celebradas en Córdoba el pasado mes de diciembre de 2000.

Dilemas y vacíos

¿Hay que intervenir con las armas en defensa de una población o grupo indefenso que está siendo eliminado por un oponente desigual? ¿Puede alentarse o apoyarse el levantamiento en armas de grupos humanos, o pueblos, sistemáticamente oprimidos y explotados? En los graves conflictos del día a día mantener la coherencia exige reconocer que determinadas dinámicas abocan a situaciones en las que el pacifismo parece quedar mudo. Es difícil hacerse cargo de una cadena de acontecimientos derivados de acciones cuya responsabilidad recae en poderes que se nos presentan lejanos y abstractos. Los interrogantes persisten, y esto nos obliga a reconocer los cabos sueltos, a seguir indagando y a reconocer los propios límites.

Por otra parte, los grupos pacifistas no son ajenos a los conflictos. En su interior las cosas no son idílicas, se reproducen las tensiones y las rupturas. Las personas, seamos o no pacifistas, podemos llegar a actuar de forma mezquina, agudizando las tensiones, defendiendo intereses particulares, puestos de poder, empecinándonos en posturas que otros no comparten. No obstante, la cuestión sigue siendo cómo se abordan este tipo de hechos: ¿se elimina a quien disiente, marginándolo y no dándole oportunidad de expresarse? ¿se utiliza la propaganda y el poder para ello? ¿se busca el consenso en las

decisiones, o el aplastar a la minoría? ¿se fomentan climas insostenibles para quemar a quienes molestan? ¿se escucha a todos por igual?

A lo largo de la experiencia que aquí se expresa he podido constatar que en el movimiento pacifista no es una práctica el machacar la disidencia. Hay tensiones, pero su tratamiento queda muy lejos de las encarnizadas luchas por el poder y el culto al líder que se da en otras organizaciones políticas.

Recapitulando: hacia una política con corazón

El poder, encarnado por la representación democrática, es un poder legítimo. Tiene la capacidad de decidir que le ha sido transferida por la ciudadanía. Pero no por ello carece de irracionalidad, pues no es capaz de atajar la muerte cuando está en su mano, es decir, que frente a otros valores o intereses, sigue relativizando el valor de la vida humana. Pero es la vida, su cuidado y su preservación, la que proporciona un fundamento para una racionalidad que de verdad sea tal. Preferir la vida, no como algo general y abstracto, sino la vida encarnada en los hombres y mujeres de carne y hueso que puedan estar amenazados y que en un momento dado hay que salvar. Quien tiene poder, de uno u otro tipo, lo está usando y ese uso muestra su verdadera jerarquía de valores. Ninguna retórica puede ocultarlos. La cultura política que nos domina, no defiende la vida, la utiliza como retórica. Nos preguntamos de qué sirve la retórica de defensa de la vida en general si no se dan pasos a favor de una vida particular.

Las mujeres y hombres de a pie también disponemos de poder. No solo de voto. Podemos utilizar, y el pacifismo lo hace, la política del corazón. El poder de la política del corazón radica en la fuerza de los sentimientos positivos —la compasión, la empatía, el amor radical— que puede multiplicar su efecto cuando nos decidimos a poner en común, haciendo visible y público, lo que la tradición política ha relegado al ámbito de lo privado e invisible. Se pone en acción en situaciones límites, y ello pone de manifiesto su carácter de raíz. En el intento de construir una cultura de paz, la política ligada a los sentimientos positivos tiene un lugar importante, pues trata de sacar lo mejor de lo que existe, lo mejor de la sociedad civil, el reconocimiento mutuo y el respeto por nuestros semejantes, y hacer de ello una guía para la acción y la convivencia.

El pacifismo que nos mueve se toma en serio la tarea de colocar la vida en el lugar que le corresponde como fundamento de una racionalidad más básica. No se resigna a que la resolución de nuestros conflictos siga desarrollándose por los mismos derroteros ancestrales de la violencia. Tampoco a que las exigencias del corazón de las mujeres y hombres queden enterradas en la política de los intereses —económicos, sociales o políticos—, en la política de los votos. En muchos aspectos, de su visión y de su acción, constituye un ejemplo a extender de excelencia participativa.

[1] Es miembro del Seminario de Investigación para la paz de Zaragoza y del colectivo de redacción de la revista *En Pie de Paz*.

[2] International Alert for Women Watch (1999), «Good Practices, Lessons Learnt, Challenges and Emerging Issues, for implementing the Beijing Platform for Action».

vimiento pacifista; una crisis que no es tal», Elena Grau y Pedro Ibarra (coord.) Anuario de movimientos sociales. Una mirada sobre la red, Barcelona, Icaria, pp. 165-183.

[3] Un análisis de la situación del movimiento pacifista en los últimos años, en nuestro entorno; en el que se presentan distintos aspectos de su actividad puede verse en Rafael Ajangiz (2000) «Mo

[4] Véase: Anderson, Shelley (2001) «Cruzando las fronteras», En Pie de Paz, n^a 53.

[5] En Shiva, Vandana (1993) «Reduccionismo y regeneración: crisis en la ciencia», En Matia Mies y Vandana Shiva, Eco/emisnismo. Teoría, crítica y perspectivas, Barcelona, Icaria-Antrazyt, cap. II, p. 42. Las ideas vertidas en este artículo son particularmente importantes para una desmitificación del saber científico como un saber privilegiado, depositario de la verdad de nuestras vidas.

[6] Grau, Elena (2001) «No prescindir de los cuerpos», En Pie de Paz, n^a 53.